

**LUGARES CRUZADOS, RELATOS COMUNES:
EL GENERAL TULIO VARÓN DE PASO POR MIS PASOS**

*Crossed paths, common stories: my steps by
the steps of general Tulio Varón*

ANDRÉS FELIPE OSPINA ENCISO *
Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

* andesosama@gmail.com

Artículo de reflexión recibido: 26 de enero del 2008 · aprobado: 29 de junio del 2008

RESUMEN

Pareciera que los lugares son retratos de la andanza de los hombres. En los suelos, en las calles, en los mojones, se inscriben las jornadas aciagas o dichosas de tiempos lejanos y presentes, se guardan recuerdos de lo que allí ha sucedido, de quienes allí han transitado, combinando momentos, referencias y posibles versiones sobre un mismo lugar. El relato a presentar es una remembranza de los recorridos que el general Tulio Varón, guerrillero liberal de la Guerra de los Mil Días, hace por el valle del río Magdalena, próximo a la ciudad de Ibagué; remembranza de sus días en otros días, de sus pasos en otros pasos y de sus lugares, que por otros también han sido ocupados. Una simple experiencia, la mía, cruza por donde lo hizo una vez la avanzada del rebelde. He aquí la relación.

Palabras clave: *relatos y versiones, memoria espacial, Tulio Varón, Ibagué, Guerra de los Mil Días.*

ABSTRACT

It seems that places are portraits of men and their wanderings. Fateful or happy moments of distant and present times are engraved on the ground, in the streets, in roadside markers. They keep memories of what happened there, of those who have passed through, combining moments, references and possible versions about the same place. This paper is a remembrance of the routes of General Tulio Varón, liberal rebel from the Thousand Days' War, when tragic journeys were experienced in the Magdalena River valley near Ibagué; a remembrance of his days in other times, of his steps in other steps' time, and of his locations, which have been occupied by others as well. A simple experience, my own, crosses the place where the rebel once advanced. Here lies their relation.

Keywords: *Common places, stories, versions, spatial memory, Tulio Varón, Ibagué, Guerra de los Mil Días, Thousand Days' War, Colombian history, military.*

Los recorridos hechos a un lugar no solo ocurren con el tránsito de los pasos, también suceden con el andar de los recuerdos. La memoria se apropia de nombres, razones y sucesos que tienen su origen en un espacio concreto, espacio que por consabida gracia del tiempo vuelve a ser cruzado y sentido en la nueva experiencia que sucede en el lugar recordado o en la narración que logra evocar lo antes allí vivido.

A mí se me arma un dolor en la boca de la panza cuando empiezo a comparar la imaginación y la experiencia de mis lugares con esos mismos lugares en la experiencia e imaginación de otros, pues pareciera que las sensaciones y vivencias de un lugar son las mismas para todos los que por allí transcurren. Las impresiones y experiencias únicas e irrepitibles del individuo respecto a un lugar son tan improbables como la elaboración de una historia que hable en forma específica de cualquiera sin hablar de todos los demás participantes que en esa misma historia se cruzan.

Sin embargo, debo también reconocer que por más que la dinámica de un lugar nos sea familiar y reiterada a muchos, no significa que sea constante y fija. Fluctúa, no solo entre los periodos de tiempo, sino también entre los recorridos de la memoria, y empieza a perfilarse distinta tanto en la dimensión física del lugar como en las formas de recordarlo y comprenderlo entre un momento y otro. Hay cambios que operan en el sitio y en la mente que rememora, por lo cual vale decir que dos momentos distintos no se pueden recordar de la misma manera así ambos ocurran en el mismo escenario y lugar. Heráclito bien recuerda la imposibilidad de bañarse dos veces en el mismo río, sin embargo, hay veces que la corriente se atora, las aguas se entremezclan y viene la turbiedad.

Creo que un lugar puede remontarse sobre sí mismo y hacerse otro, manteniendo o desdibujando su continuidad. Mis lugares y costumbres se separan pero también se entremezclan con las narraciones de las heroicas jornadas del general Tulio Varón Perilla, allá por los tiempos de la Guerra de los Mil Días en las cálidas tierras del norte del Tolima. En los relatos de guerra los lugares que de ordinario yo transitaba —el mirador, la iglesia, la plaza, habituales en mis tranquilos días— aparecen descritos como teatros de operaciones donde la defensa, la milicia y el ataque eran los comunes habitantes de los

calurosos, efusivos y sencillos parajes que he cruzado en mi tiempo. Yo no viví la Guerra de los Mil Días y Tulio Varón no vivió el tiempo que a mí me correspondió, sin embargo, ambos lugares, ambos eventos resultaron combinándose, y las trágicas escenas y relatos mortecinos de la guerra se vuelven una bofetada al porvenir de los tranquilos días y a la ignorancia de otros recuerdos.

EL HOMBRE DEL OTRO TIEMPO: TULIO VARÓN Y SUS PASOS POR EL TOLIMA EN LLAMAS

Parte de la región llana del norte del Tolima, bordeada por el curso del río Piedras, aparece limitada por cercas hechas de piedra en piedra que se extienden sobre la planicie y delimita los terrenos de tal familia o tal señor hacendado. Toda la vida, contaba don Juan de Dios¹, había visto haciendas ingentes en las que el señor propietario concentraba enormes cantidades de ganado en terrenos inmensos, esparcidos por monótonas distancias solo quebradas por las empedradas barreras que cruzan la planicie. Pareciera que primero desaparecía la gente antes que esas cercas de piedra a las que les ha pasado el tiempo, la gravedad, los anónimos hombres, las cálidas tardes; siguen ahí, paradas, aparte de toda descomposición, sordas al terror de los frágiles, testigo y compañía de los límites de tierras que siguen existiendo, como lo hacen las narraciones que hablan de aquel que entre esas tapias y en esas mismas tierras se hizo hombre y guerrero.

En una hacienda de estas llanuras llamada El Paraíso, nace y se cría un mocito de familia liberal. Hombre de ascendencia prestigiosa mas no pudiente, propietario de tierras, amo de gente, cultivos y animales. Para finales del siglo XIX el tolimense consideraba al amo como suprema autoridad, no por la cantidad de riqueza acumulada sino por la capacidad de brindar techo, protección y comida al campesino que habitara las tierras del señor (Rocha, 1968). Por esto, era común en la época que el amo tomara a quienes así lo llamaban para hacerlos laborar en la siembra, en la vaquería y, cuando era preciso, en la guerra,

1 Juan de Dios es un hombre de avanzada edad que vive en la hacienda La Rusia, lugar donde Tulio Varón y sus macheteros propiciaron el golpe más contundente a las fuerzas del gobierno de toda la región del Tolima en aquella guerra. Aquel viejo cuenta cómo Tulio Varón es recordado en aquellos parajes por su carácter valiente y brioso.

validado todo en la costumbre de fidelidad al señor que protege. Por más feudal que parezca este trato, el hacendado se caracterizaba por un “pensamiento liberal”, consolidado en una militancia de partido que justificaba todo tipo de alzamientos y guerras en contra del gobierno conservador que para la época constituía una absoluta hegemonía política afirmada en los principios de la regeneración (cfr. Bergquist, 1999). En el ocaso del siglo XIX, cada guerra civil era vista por los liberales opositores del orden como la oportunidad de volver a poseer el poder que sus padres o abuelos habían tenido y al que debían llegar para anular la retrógrada y lesiva amenaza conservadora. Eran hombres liberales, valientes y civilizados —decían ellos—, amantes de la libertad y del progreso —osaban afirmar—, luz del conocimiento y de la verdad política, emisarios de la razón y de la conciencia humana —también lo creían—.

Tulio Varón, además de conjurar aquellos principios y misiones trascendentales, también tomaba las armas para mostrar a sus criados y paisanos la forma en que podía mantenerse, mediante el fuego y los títulos guerreros, el control de la tierra y la obediencia de las gentes. Lo que a este general y a otros militares liberales les da poder en sus regiones es el prestigio marcial y el control efectivo por medio de las armas.

Sin embargo, la forma en que operaban estos comandantes rebeldes en sus regiones dista mucho de una estructura militar compleja. Usaron ejércitos irregulares, organizados para enfrentar una guerra de guerrillas, dichas fuerzas las integraban campesinos de a pie, con poco entrenamiento marcial, pero que sostenían la guerra porque veían en esta una oportunidad de reconocimiento social, un facilitador de venganzas contra el gobierno enemigo, o una forma de subsistencia cuando el arado y los otros oficios se encontraban arruinados por culpa de la misma guerra que animaban.

La guerra fue más una rencilla de vecinos y veredas enfrentadas que de ejércitos regulares en disputa. Una tipología del combatiente rebelde diría que sus rasgos característicos son los mismos que se encuentran en las costumbres y vida cotidiana del campesino. En la labor de campo, este hombre usa casi los mismos elementos y técnicas que utiliza en la guerra, su disciplina y conducta militar va en sintonía de los atributos y necesidades que ofrece la vida rural; el amplio uso que en estas batallas tuvieron el machete y la escopeta de cacería da para pensar en ello. Si el combatiente cargaba con el filo (el machete), no lo

hacía porque fuera el arma más eficaz contra el enemigo, sino porque ante la precaria tecnología en el combate y la imposibilidad de acceder a armas más contundentes, los guerreros tenían que armarse con las mismas herramientas con que antes de pelear trabajaban la tierra. El machete sufre la misma transición del campesino que deja de cortar pastos para destazar cabezas.

El general Varón, que en sus primeras jornadas de guerra no era un combatiente de alto rango conocido, también experimenta esa situación del hombre de campo convertido a un miliciano. El hombre del llano montado a caballo aparece ahora como el combatiente liberal armado de caballería.

En el Plan del Tolima², en trayectoria paralela a la cordillera Central y a borde de las tierras bajas que baña el río Magdalena, es costumbre que las distancias se cubran sobre potros ligeros y que el ganado bruto sea contenido y agrupado por recios alazanes que aseguran el dominio del vaquero sobre los tercetos ganados. El caballo, extremidad inferior del llanero que sobre la silla montada busca tragarse a galopes la tierra, aparece unido al jinete cual centauro que en un solo ritmo de pecho de hombre y patas equinas se vuelve un poderoso sujeto, tan hábil para enlazar cachos como para decapitar cuerpos.

La guerrilla de Tulio Varón, la Columna Ibagué, se encontraba dividida en dos cuerpos: el batallón Rosas de infantería y el Conto de caballería (Jaramillo, 1986: 48). El Conto era bastante temido por los enemigos, sus jinetes montaban muy bien y tenían además una extraordinaria habilidad en el uso del machete. Tulio Varón designaba sobre el Conto las misiones más arriesgadas, pues consideraba con razón que el territorio llano sobre el que se movía la Columna podía ser aprovechado de un mejor modo por sus hábiles jinetes. La estampa de Tulio es la de un jinete bien montado, amante de los caballos, que sobre su mocho³ negro llamado Sombra aparecía como hábil y enérgico general que cargaba contra los “godos” o que podía pasear por la extensa llanura en faenas de vaquero hacendado.

2 Este es el nombre que reciben las tierras planas que conforman el valle del río Magdalena en el departamento del Tolima. El Plan se extiende desde las estribaciones de la cordillera Central hasta las primeras elevaciones de la cordillera Oriental.

3 Caballo.

Las descripciones de Jaramillo (1986) cuentan cómo Tulio montaba en su bestia envuelto en una ruana negra, o vistiendo una capa roja si era para la batalla, paseaba engalanado con un enorme sombrero que protegía su piel blanquizca del ardiente sol que devora las tierras bajas, la barba espesa que siempre se le vio le daba un aire de mando e imponencia, y sus botas en el estribo aumentaban la firmeza que de por sí ya le otorgaba el hermoso potro en que montaba.

Tulio Varón era un hombre bastante apuesto, de muchos amores y enredos de faldas. Tuvo una esposa, Cleotilde Montealegre, prima suya y también hija de hacendados. La desposó cuando ella tenía trece años y él la doblaba en edad, tuvieron ocho hijos, quienes para el momento en que el general muere contaban con escasa edad; la mayor tenía doce años y el menor contaba apenas con ocho meses. No había necesidad de que el padre se quedara velando por sus hijos, ya que la guerra (un negocio de hombres) era más importante que todo, además estaba la madre, y un hombre de tanto valor en el combate (así lo hacen ver sus relatores⁴) no podía desperdiciarse en el hogar. Es costumbre, por lo menos en nuestra cultura popular, que el hombre abandone su lugar de origen para intentar ser más de lo que en un principio es. Lo que un hombre hace por fuera de sus tierras es retar al destino para lograr hacerse a la fortuna, y cuando ello sucede, el hombre se hace más hombre. Pero tal osadía conlleva su riesgo, sobre todo si es la guerra aquella garita del destino en la que muchos encuentran muerte y anonimato antes que gloria y virtud.

LAS PRIMERAS INCURSIONES

Cuenta Jaramillo (1986) que cuando estalló la Guerra de los Mil Días, el hermano del general Varón, Mardoqueo Varón, coloca a un gallo de hermoso plumaje sobre una de las tapias de piedra que bordean la hacienda, retrocede unos pasos, afina su puntería y con la descarga de su fusil Grass causa la primera víctima por este conflicto en la región de Doima (próxima al río Piedras), teatro de operaciones del general y sus hombres.

4 Las relaciones que se hacen del general Varón no son muchas, se destacan principalmente tres textos, el de Jaramillo, 1986; París, 1937 y Cuartas, 2002. Este último no se ha tenido en cuenta para el desarrollo de este escrito pues considero, no ofrece una información adecuada.

Después de finado el gallo, Tulio y algunos criados desentieran las armas que habían utilizado en la última guerra civil de 1895 en que fueron perdedores. Una vez sacadas las escopetas, ponen a hervir agua para quitarles a los fierros la grasa de animal que les habían untado antes de enterrarlas para librarlas de la oxidación durante el tiempo que duró la última paz de derrotados. Con pocas armas y con muchas ganas, los liberales gritan alborozados que hay guerra, que no importarán las pérdidas porque el heroísmo, el arrojo y la valentía llevarán de vuelta al partido al anhelado poder que hace mucho tiempo perdieron.

La “guerra de guerrillas” es una forma de combate en la que grupos de escasos guerreros buscan propinar escurridizos golpes a grupos armados más grandes, mejor dotados y de mayor regularidad. Esta forma de hacer la guerra fue muy utilizada por los liberales en la contienda de los Mil Días. Ellos aprovechaban el conocimiento que tenían de las geografías locales para hacer más efectivo el movimiento de las escasas fuerzas, además se valían de la inexperiencia de los soldados del gobierno en el territorio para ocasionar, en la medida de lo posible, duros golpes al ejército oficial. El general Varón se hace a grandes éxitos y reconocimientos entre su gente por la misma habilidad con la que este enfrenta la “guerra de guerrillas”, ya fuera comandando sus propias fuerzas o integrando grupos dirigidos por otros liberales. Poco a poco los liberales van comprendiendo que las fuerzas ligeras y flexibles son más útiles para burlar las defensas oficiales y atacar de forma más contundente.

Después de recorrer bajo la orden de comandantes liberales los Llanos Orientales, la región del Sumapáz, el altiplano de Bogotá y la cordillera Central en el norte del Tolima, Tulio Varón decide integrarse con los suyos, tomar el nombre de jefe y operar con su propia guerrilla en la región de Doima, lugar de sus tierras y crianza. Aprovecha todos los conocimientos sobre el lugar y las gentes del Plan del Tolima para encontrar fortalezas, puntos de ataque y apoyo popular. La Columna Ibagué logra desarrollar una compleja red de informantes que mantenía a sus dirigentes al tanto de los lugares que ocupaba el enemigo, la cantidad de defensa oficial que había en la capital del Tolima y las oportunidades que se presentaban para el ataque por descuido del gobierno o por virtud de la propia fuerza.

París y Jaramillo recuerdan que uno de los primeros ataques de la Columna lo llevan a cabo en un paraje cercano a Ibagué llamado Gualanday. Hay allí un destacamento del gobierno, conformado en su mayoría por antioqueños temerosos de patrullar las zonas cercanas al río Magdalena por el desconocimiento que tienen de las tierras bajas. Aquellos hombres de montaña suplican a sus jefes en Ibagué que los hagan devolver a la segura cordillera para no sufrir la dureza del clima cálido y malsano. En la Semana Santa de 1900 dan la orden que estos hombres regresen a la capital del Tolima. En su recorrido de vuelta, el viernes de Pasión los encuentra en Gualanday y deciden detenerse allí antes de la llegada a Ibagué. Como es un día santo, los conservadores creen que no habrá ataques y deciden pasar ahí con cierta tranquilidad la última noche. En tanto, Tulio Varón organiza a su gente para que en la noche sagrada y espesa, sin llamar a ruidos, con el filo de sus silenciosos macheteros pueda atacar a esta confiada gente. Una tormenta, de las que solo suceden en estos ardientes llanos, cubre la entrada del general Varón y su gente a las carpas gobiernistas. Los guerrilleros acuerdan que entre tanta oscuridad la forma de reconocer a los de su bando será usando la camisa arremangada, de tal forma que si un machetero siente el dorso de un brazo cubierto lance con fuerza su filo y acabe con el contrario. No dieron tregua los hombres de Varón y pronto acabaron con la confiada tropa. Antes del amanecer ya estaba todo consumado y la sangre que corría en tierra hacía más tormenta que los vientos y las lluvias de ese cielo espantado, a los hombres del gobierno los terminó de amedrantar ese horror sanguinolento que vivía incluso en los cuentos de miedo que mentaban con desespero a Tulio Varón y sus macheteros.

PRIMER ENCUENTRO DE LUGARES:

LA CRUZADA DEL PLAN A CABALLO

Los ágiles jinetes en sus vivos potros lograban atravesar el llano sin mayor dificultad. Podría decirse que vivir en el llano significaba aprender a andar primero sobre zancadas antes que pensar en el estatismo de un hogar o en la estrechez de un solo sendero. El carácter móvil de los cuerpos guerrilleros requería de un rápido desplazamiento para sortear los afanes de la huida o lograr las efímeras alineaciones a la hora de un combate.

En respuesta a los ataques del general Varón —en especial uno, que comete en la ciudad de Ibagué (al cual me referiré luego)—, el gobierno pone precio a su cabeza y comienza un gran despliegue para acabar con él y su gente en el territorio de Doima. Lo cercan desde todos los accidentes geográficos, y para acabar rápido con esta cacería buscan encerrarlo en sus propios terrenos. Conocedor de este asunto, Tulio Varón organiza una estrategia que busca, antes de huir, asestar un fuerte golpe a quienes lo andan buscando. Según Jaramillo y en palabras del mismo Varón, la idea era hacer la del zorro: “colarse en el gallinero, matar las gallinas y salir huyendo” (Jaramillo, 1986: 70).

Aprovechando el gran conocimiento que sobre el territorio tenían y la información que el mismo pueblo de Doima suministraba a los rebeldes, Tulio Varón y su gente logran detectar las fortalezas donde se concentra el gobierno y arman una estrategia de ataque. Para eso, los guerrilleros comienzan a tejer toda una trayectoria que recorra por completo el lugar, empiezan a tomar los puntos de ataque, cierran los lugares de posibles huidas, rodean las zonas de la futura contienda y osan cruzar en las narices de sus enemigos por entre el abrigo de los eternos muros de piedra, únicos obstáculos en la extensa llanura. Saben los rebeldes que el ejército gobiernista se encuentra desplegado por varios lugares pero que el punto central es La Rusia, hacienda cercana al poblado de Doima en donde aprovechan los rebeldes una vez más la guarda de la noche y el implacable silencio de los mortales macheteros.

Se preparó una formación precisa y escalonada. Tulio alterna la posición de los atacantes y el instante en que estos empiezan la incursión a fin de causar la mayor sorpresa entre los gobiernistas. En un ambiente de absoluto silencio y con las numerosas tropas del gobierno ignorantes de lo que pasaba, Tulio ordena el ataque con solo machetes para evitar la reacción de los enemigos más lejanos. Con la arremetida llegó la furia y con la furia el exterminio. La eliminación de los soldados del gobierno fue efectiva e implacable. Fiel a su plan inicial el general Varón “alborota el avispero” y huye entre la desesperación del enemigo aterrorizado. Cuenta Jaramillo que en la huida uno de los soldados le dice a Tulio que salgan más rápido de la zona, que de seguro los godos los alcanzan y acaban. Tulio contesta que no hay por qué angustiarse, “porque a esos godos los retienen sus muertos”

(1986: 76). Contaban los relatos más angustiantes que fue tan grande la masacre y tan alta la cuota de muerte, que los combatientes sintieron por momentos que el suelo se anegó de sangre y que esta llegó a alcanzar los tobillos de aquellos que aún se mantenían de pie. No hay un número preciso de la cantidad de muertes que cobró ese combate, los relatos más dramáticos como el de París (1981) creen que las bajas del gobierno llegaron a 2.000. En lo que coinciden Jaramillo y París es que no alcanzaron las manos para enterrar tanto cadáver, ni siquiera las quemas de cadáveres bastaron, y que de los cuerpos desperdigados terminaron dando cuenta los chulos y los perros.

El golpe fue tan brutal que los conservadores llenos de horror al detallar con los primeros rayos de sol la magnitud del desastre desisten de perseguir a los atacantes y se dedican a aumentar los esfuerzos para deshacerse de los cuerpos de sus propios hombres, pensando que con esto se podía espantar un poco el miedo que trae consigo la muerte. Tulio, con toda la calma y con gran conocimiento de la zona, logra encontrar escape mientras sus hombres aún tenían temblorosas las manos, engarrotadas, sin poder zafarse las empuñaduras de los ensangrentados machetes.

LA ANDANZA DEL LLANO EN UN CABALLITO FLOJO

Tulio Varón con sus hábiles movimientos en el Llano logra una sonada victoria militar. Yo con mis andanzas por tan temerarias tierras sólo logré ampollar mis débiles pies. De aquí en adelante entrecruzo mis recuerdos de niño, mis primeras andanzas, con los recorridos, experiencias y memorias que suscitan los relatos sobre el general Varón y sus proezas. Reconozco que es atrevido combinar mis cortos pasos con la marcada senda de Tulio, sin embargo, paso grande o paso pequeño, si andan el mismo camino, en cualquier momento se pisan.

La primera y hasta ahora única vez que he trotado a pie limpio por esos parajes del Plan fue la mañana en que salí con una bicicleta Peugeot hasta el cruce de la Virgen del Carmen. Este cruce de caminos es especial: a la Virgen le cuelga una plaquita que reza “Madre María: uniendo los caminos de Colombia”, debajo de esta se desbordan cuatro caminos que definen el límite municipal de Ibagué y conducen; por el Sur, al centro de la ciudad; por el Occidente, al barrio El Salado (sitio al que pertenezco); por el Norte hacia la llanura del río Magdalena

hasta llegar a Honda; y por el oriente, a la entrada de la hacienda San Isidro, desde donde se observa la casa del señor Zorroza, un español dueño de la monumental hacienda arrocera.

Montado en bicicleta y atraído por la brisa mañanera decido andar hacia el Norte y cruzar lo que a mi parecer es un umbral. En la primera distancia recorrida atravieso el borde cordillerano para llegar a la planicie uniforme mientras olvido los pliegues y las abruptas escalas de montaña. Ya en carretera, empecé a notar que la bicicleta alcanzaba un paso veloz; en la ruta las formas se desvanecían de inmediato y las cosas se hacían fugaces a cada paso. Sin embargo, las líneas generales del paisaje no dejaban de ser las mismas y kilómetro tras kilómetro en una uniforme plana aparecían monótonos carteles de la hacienda San Isidro que indicaban su bastísima extensión. Esta es una carretera que pocos atraviesan a pie, y quien se atreve a ello queda absorto y desdibujado en tan inmensa soledad, quizá el único que se atreve a seguirla en forma imponente y continua es un ramal de la cordillera Central que no se preocupa por seguir la trayectoria de la carretera pues fue esta la que se trazó siguiendo el curso de la cadena montañosa. Cualquiera que recorra este curso advierte la esencia solitaria de la llanura, aquí el universo de la planicie destroza toda presencia y hace insignificante la idea de continuidad.

Mi paso veloz en la bicicleta obedecía más que a la habilidad de mi cuerpo o a la capacidad de la máquina a una leve pero continua declinación de la llanura que aumentaba mi ritmo en ese descenso y me exigía poco esfuerzo por cruzar las enormes distancias. Mientras, veía cómo las cercas de alambre y piedra se cruzaban entre tapetes de sorgo, arroz o maíz, y delineaban pastizales secos en los que ganados flacos (por la temporada de verano) paseaban buscando algún brote fresco de hierba en medio de la inmensidad.

La primera población que se encuentra rumbo norte es Alvarado, un lugar bastante caliente que en los tiempos del general Varón se conocía como el poblado de Caldas. En el parque central de esta población encontré la fachada de una iglesia tan colorida y cargada que bien parecía un monumento al pastel de cumpleaños, frente a sus puertas parqueaban unas busetas viejas y pequeñas de la Rápido Tolima. Estas son un animal vivo y metálico que subsiste recorriendo el Tolima de arriba a abajo y viceversa, van desde la ardiente llanura del

Plan hasta los helados picos de la cordillera, transitan por el valle y la montaña ensordeciendo el aire con rugidos de motor agitado que se resiente en los desniveles y ascensos. Cuando cruzan la planicie o descienden por la montaña devoran velozmente la distancia, lo que me causa sorpresa, porque no me queda fácil comprender el vuelo que toman las cosas cuando logran desbocarse de sí mismas.

En el recorrido del pueblo encontré a una hermosa mujer descalza, la cañada de una pequeña quebrada, un sorbo de agua fría y el sol caliente sobre mi corona que me recordaba la necesidad de regresar a El Salado después de recorridos 27 kilómetros. Al regreso sentí la inclemencia, el fácil camino de salida tenía que ser otro en la vuelta, no era posible evitar el descenso invertido. La suave bajada de la ida ya no era tan sutil cuando se convertía en cuesta a la hora de devolverse, los kilómetros cobran a las piernas la osadía del tránsito, más cuando el camino va rumbo a la montaña. Mi atrevimiento en la distancia comienza a ser efectivo. El sol de medio día golpea mi cara y es la única compañía en la maltrecha cabalgata de este potro de acero que ya no aguanta mi cuerpo y que por momentos tengo que desensillar. Lo cabestreo cuando mis piernas no alcanzan a dar vuelta a la cadena, y recorro unos pasos de a pie para seguir. A ratos sentía que el asfalto me quemaba la planta de los pies y me volvía a montar en el caballito, pero a los pocos metros retornaba el dolor del cansancio y desistía. Andaba sin poder caminar o montar. Los campesinos veteranos, atemperados a estas condiciones, pasaban por mi lado montados en sus bicicletas sin la menor preocupación y con toda la preparación que estas tierras exigen para ser transitadas.

Yo raquítrico niño, de carita delicada, con ampollas en los pies y en las manos, sin el pulso para sostener bien un manubrio entre tanto ardor, sin la firmeza del cuerpo para soportar tan alta temperatura. Yo niño, yo flojo hombrecito que no sirve para los menesteres de la pampa, atrapado a mitad de camino entre dos poblados cercanos y apenado conmigo mismo por la enorme incapacidad.

Pensando en frío y con la certeza del inútil, comparo mi angustiada marcha con el paso de Tulio Varón “el guerrero”, por estos mismos parajes. Creo que el aguante y la habilidad para cruzar estos lugares no solo dependen de adaptarse al exigente medio, se precisa además una entera comprensión de la trayectoria, y la capacidad para forjar

camino. Las rutas y las gentes se combinan cuando la travesía es motivada por una razón que justifica las distancias y por una costumbre que empieza a recorrerlas.

Existe un sentido que orienta y estimula el trayecto. Tulio Varón buscaba las formas de poder andar sin ser visto y atravesar con delicadeza los llanos empedrados de la hacienda La Rusia. Yo vagaba sin tener equilibrio en el manubrio, a la zaga de una franja negra de asfalto que indicaba por dónde ir. Horas después, con la bicicleta al hombro llegué avergonzado y maltrecho —como pobre jinete— al lugar de donde había salido.

Preguntaron en la casa: ¿dónde estaba? “Me había perdido” sólo pude responder. ¿Por dónde? volvieron a interrogar. “por ahí, cerquita” les contesté. Y me eché a dormir.

SEGUNDO ENCUENTRO DE ESPACIOS:

IBAGUÉ CALLE, IBAGUÉ TRINCHERA

Ibagué se parece en su forma a un hueso, es larga y estrecha como un caucho trenzado sobre el Valle de las Lanzas y a la orilla oriental de río Combeima. Esta particularidad topográfica es evidente en la nomenclatura de sus calles y carreras. Las calles se numeran de la 30 sur hasta la 160, mientras que las carreras, dependiendo del lugar van de la 2.^a este hasta la 15. Las carreras son arterias que atraviesan de extremo a extremo la ciudad en su distancia más larga, paralelas las unas de las otras. La carrera más nombrada y la más concurrida es la quinta, que en alguna ocasión se llamó avenida Tulio Varón, pero que ahora se conoce como La Ibaguereña. La avenida tomó el nombre del general por dos razones: la primera, porque la calle fue pavimentada y embellecida en la época en que gobernaban los liberales y es evidente que una obra del periodo liberal debía tener nombre de liberal; la segunda razón y la más fácil de ubicar es que en 1901 en esta misma calle asesinaron al general Varón.

Lo que queda del hombre en la memoria espacial es un busto con su imagen en el separador de la calle 15 con carrera 5.^a donde aparece la firma del general y debajo de esta los nombres de varios dirigentes liberales reconocidos en la región que describen al general como un liberal comprometido con la libertad y la justicia. Aquel nombre y fama no son los mismos que tenía para el año 1900 (y también para hoy día)

cuando los notables de la ciudad, todos conservadores, le tenían pánico y lo trataban de impío, sanguinario y matagente. Antes del primer ataque que el general Varón hiciera a Ibagué, los religiosos lo habían acusado de que cuando se tomó a El Espinal (población ubicada en el Plan a 40 km de Ibagué) había entrado blasfemando a la Iglesia, que permitió que sus hombres violentaran el templo y que sacó un puñado de escapularios bendecidos y se los puso en el cuello a las mulas de los liberales que habían entrado triunfales (cfr. Jaramillo, 1986: 46).

Aquellos miedos no eran mal fundados. Dentro del plan de campaña que los liberales guerreristas habían previsto se encontraba la toma de Ibagué, pues esta pequeña ciudad que no superaba los 2.000 habitantes era un punto central que permitía la comunicación de Bogotá con el sur y el occidente del país. El liberal más idóneo y que mejor conocimiento del lugar tenía era el general Tulio Varón, quien tiempo atrás había vivido en este poblado y había sido estudiante del colegio San Simón, pero que no acabó sus estudios por no ceder al disciplinamiento de los religiosos maristas.

El 8 de junio de 1901 la Columna Ibagué entra por el norte de la ciudad, concentra sus ataques hacia el centro de esta esperando encontrar una flaca resistencia, pues el ataque se realiza en momentos en que los liberales sospechan que la ciudad se encuentra desprotegida. Pero esto no ocurre y lo que se da es una encarnizada lucha que se extiende durante dos días. Los liberales amenazan con entrar pero los conservadores apelan al “sentido cívico”⁵ de los ciudadanos y a la fortaleza de las trincheras que estos armaron de lado a lado en las principales calles como punto de apoyo para mantener la defensa. Los rojos⁶, organizados en guerrillas y acostumbrados a los movimientos ligeros, no contaban con un pesado parque de artillería, pero, para intimidar

5 En las guerras civiles de los partidos, los conservadores en el poder mantenían una estrecha relación entre lo que debía ser un buen ciudadano y un buen militante. Tanto el ciudadano como el militante (que eran el mismo) debían ser fieles a la tradición y a las instituciones, debían mantener el orden y prestar servicio a favor si así el gobierno lo requería. Ante cualquier amenaza el ciudadano-militante reaccionaba y acudía a lo que fuera necesario para mantener el orden en la ciudad. En los periodos de guerra en distintas poblaciones era destacado el grupo de los guardias cívicos, conservadores que en tiempo de confrontación se encargaban de apoyar a las fuerzas del orden en la defensa de sus poblaciones.

6 Como también eran conocidos los liberales.

a los conservadores y aparentar un mayor poderío, ponían en la boca de una gigantesca guadua un telar negro que la recubría, así desde lo lejos daba la apariencia de un cañón que apuntaba a la ciudad.

Este ataque solo cesó en la noche del primer día de batalla, pero con los primeros rayos de sol continuaron los disparos y la carga de sangre que arrojaban los guerreros. En el relato de Gonzalo París (político y escritor, familiar del general Varón) se narra con dramática atención la forma en que quedaba una de las esquinas céntricas de Ibagué, la de la calle 12 con carrera 2.^a. Contaba París (1981) que en la batalla más de uno había perdido sus extremidades o cabeza y que en esta esquina empezaba a amontonarse un sanguinolento amasijo de forma indescifrable, pútrido en esencia, en el que ya no se podía identificar qué parte era de quién. Al medio día del 9 de junio los liberales comienzan a retroceder, y por la misma carrera 2.^a, donde se acumulaban tanta sangre y espanto, los combatientes van saliendo casi en desbandada con Tulio Varón a la cabeza y dejando por ese sendero muertos y heridos de uno y otro bando. Los conservadores logran defender la ciudad, después del combate solo queda contemplar el desastre mientras hacen la recolección de los muertos propios y los del enemigo. Calle 12 abajo, en lo que hoy es la Clínica Tolima, fueron abiertas unas inmensas zanjas donde depositaron todos los cuerpos sin distinción ni opción de identidad, pues además del miedo a un posterior ataque también rondaba el temor a una epidemia por la descomposición de los cadáveres. Los que no alcanzaron a ser sepultados fueron quemados en hogueras en otra de las salidas del pueblo. Esa noche nadie durmió y no se celebró rito para despedir a tanta muerte.

La calle 12 con carrera 2.^a que recorro en mi tiempo dista mucho de esos trágicos escenarios. En mi espacio transitado estaba el cinema Metropol y a su lado varias tiendas comerciales que nada tienen que ver con el drama de la muerte. Al otro lado de la acera, bajando esa misma calle está el centro comercial Combeima y al lado el edificio de la Beneficencia del Tolima, donde todos los lunes a las 10:30 de la noche juega la Lotería del Tolima, con su lema de fortuna “millones que cambian su vida”. En la esquina de la Beneficencia está el Archivo Histórico Departamental, donde se guardan sobre anaqueles de polvo las cosas que por aquí sucedieron pero de las que ya no hay sombra y casi que ni recuerdo. No es posible para nosotros, tolimenses de pocos años recordar las

brutales y heroicas incursiones de comienzos del siglo xx en la pequeña Ibagué. Los referentes de aquellos días se corrieron por carteles publicitarios y por calles de ángulos anchos habilitadas para los automóviles que cargan los torbellinos de gente que ahora cruzan por esas calles.

Si en esta calle hoy día no aparecen los escombros de la muerte, no significa por ello que las formas violentas y los lugares de la disputa hayan desaparecido. Otros murieron y siguen muriendo inclusive en esta céntrica calle, lugar que no recomiendan recorrer de noche para evitar peligros. Tras los tiempos, las gentes y los procesos, van dándose desplazamientos que reubican los fenómenos (ya no hay guerras bipartidistas en el centro de Ibagué aunque siga existiendo la guerra en todo el territorio del Tolima), que alteran las circunstancias (la gente ya casi no se mata a machete pero de otras formas se sigue matando), y que desplazan los lugares por otros lugares (los límites que tuvo la ciudad ya no son sus límites aunque algún otro lugar seguirá siendo el punto final).

De Tulio Varón siguen hablándose cosas. A pesar de que este ya no sea su tiempo a él se le sigue evocando; además de un pálido monumento, hay un barrio deprimido en Ibagué que se llama Tulio Varón, al general lo nombran en las reuniones del Directorio Liberal del Tolima y aparece su firma marcada en la lápida que guarda sus restos en la Iglesia del Carmen, ubicada frente a la avenida que llevó por un tiempo su nombre. Sin embargo, el recuerdo más temido, afamado y negado a la vez sucede en un hito rebelde, en otro ejército guerrillero que se conoce como el Frente Tulio Varón. Para la década de 1990 aparece en la zona rural de Ibagué un movimiento adscrito a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) conocido como El Tulio Varón, este grupo fue identificado y temido en las incursiones que hacía a las haciendas de la planicie del norte del Tolima, en los retenes ilegales que montaba en la carretera que de Ibagué comunica con Honda, en escaramuzas y enfrentamientos que tenía con la policía o el ejército en los pueblos que circundan a Ibagué y en las actividades políticas y de propaganda dirigidas a la población campesina.

En la década presente, el Tulio⁷, aunque menguado, continúa operando en la periferia de Ibagué. El Ejército Nacional, contradictorio absoluto de este movimiento armado, asevera que aquel se encuentra

7 Como es conocido el Frente entre la gente de Ibagué.

desarticulado y ya no existe una estructura militar que lo sostenga. Sin embargo, en los comentarios de la gente que ve como pasan los nombres, las vidas y los lugares aparecen también los recuerdos que cobran vigencia ahora. No hace mucho se presentó un hecho casual que las autoridades de Ibagué repudiaron.

Una madrugada, la comunidad del barrio Tulio Varón en el norte de Ibagué amaneció sorprendida porque un busto del general Tulio Varón que hay en la entrada del barrio, apareció velado con una capucha puesta sobre el rostro de la estatua. La gente curiosa decía que eso había pasado porque el general hoy todavía seguía siendo guerrillero, pero ya no era un solo hombre sino todo un frente que lo seguía cubriendo.⁸

El tiempo puede formularse como una ligera tonada, o como un veloz corrido musical, pues aunque le pasen los días, y se interprete en distintas versiones, se seguirá cantando con la misma letra.

LA FATALIDAD DEL EXCESO

Después del primer ataque a Ibagué, las guerrillas de Doima tienen un vertiginoso ascenso que contrasta con la difícil situación que padecen los demás grupos liberales en guerra. Con excepción del centro del Tolima y el occidente de Cundinamarca, los liberales llevan perdidas todas sus campañas y pareciera que el final de la guerra es cuestión de tiempo con tantas pérdidas liberales en las demás zonas del país. Sin embargo, ataques como el de la Rusia y otras victorias que obtienen los rebeldes hacen pensar en una continuidad de la lucha, sostenida en la habilidad de las guerrillas para tomarse territorios y desestabilizar al gobierno, con golpes rápidos y contundentes.

Las acciones de la Columna Ibagué tuvieron quizá más relevancia en el campo de la impresión sobre el enemigo que en la efectividad estratégica de la guerra. El terror causado al bando contrario nunca logró materializarse en derrota para los gobiernistas. La Columna, que nunca contó con más de 150 hombres, no dejó de ser un pequeño cuerpo de combatientes que operaban en el área de influencia del general,

8 Esta información fue obtenida en una conversación informal con un habitante de Ibagué, quien pidió no ser identificado.

aquel grupo rara vez llegó a participar en grandes campañas en alianza con otros frentes. Esta situación, explica Jaramillo, obedece al carácter fragmentario y particular de cada una de las guerrillas que no pudo articular un mando conjunto durante toda la guerra, los cuerpos de guerra solo se movían por coyunturas a la orden de jefes locales que hacían sentir su poder sobre pequeños núcleos. Tulio Varón operaba de la misma manera, apelaba a su carisma para conformar su ejército, esto explica por qué después de su muerte la Columna Ibagué rápidamente se desintegró.

Quienes escriben sobre la vida del general Varón se ponen de acuerdo en exaltar el poder de mando que este tenía y su habilidad de cabecilla temerario lanzado al frente de ataque. Esa habilidad en la guerra, acompañada del arrojo y el coraje propio de los hombres de las tierras cálidas del Tolima, llevó a Tulio Varón al logro de sus victorias, a la recordación de sus actos de valor pero también a la muerte. Su última batalla refleja todo el arrojo del guerrero pero también el exceso y la desmesura que trae consigo el dramatismo de la guerra.

Tres semanas después del contundente ataque de La Rusia, la Columna Ibagué decide ir a molestar el avispero (Jaramillo: 1986, 67 y ss.), los liberales querían tomar por sorpresa a los guardias que defendían la entrada de Ibagué y después de un leve ataque regresar a sus campos de Doima. Al llegar a un punto llamado Mirolindo, donde se empieza a ascender la cordillera, los liberales atacan la primera guarnición del gobierno sin ser avistados por los guardias más cercanos a la ciudad, por lo mismo deciden avanzar hasta el siguiente punto que defendían los guardias, conocido como “el Papayo”. Antes de llegar a este lugar la gente del batallón Conto decide vestirse de aperos azules (color distintivo de los conservadores) y gritar vivas al partido de gobierno y al general de turno que comanda la guarnición de la ciudad. Con este artificio se acercan sin ser atacados y logran también el control de esa defensa, pero la sorpresa se delata cuando un soldado liberal por robarle el potro a un capitán conservador termina disparando su escopeta y pone en aviso a la ciudad (cfr., pp. 84-85).

En “el Papayo”, los liberales encuentran un estanco lleno de aguardiente de olla⁹, el cual no dudan en consumir al instante de acuerdo

9 El aguardiente de olla es un alcohol destilado del anís en forma artesanal, se

con la creencia de que el aguardiente se debía beber mezclado con pólvora al momento de un ataque para envalentonar a los guerreros y aumentarles el arrojo, bien reza el Bunde de Castilla, Himno del departamento del Tolima compuesto por Nicanor Velásquez, en su segunda estrofa:

Baila, baila, baila
 sus bambucos mi Tolima
 y el aguardiente
 es más valiente y leal.

Ebrios los liberales, incluido el general Varón, deciden hacer ataque franco a Ibagué y se olvidan del propósito inicial de hostigar solo los puestos de avanzada. El pánico en la ciudad comienza a aglutinar civiles, militares y hasta empleados del gobierno detrás de las trincheras y en los principales edificios, con el fin de evitar la entrada de los enardecidos liberales.

Cuentan algunos de los que atacaron —de acuerdo a la narración de Jaramillo—, que desmedidos por el exceso de trago arremetieron con fuerza en la ciudad, y llegaron a pensar que podían tomarse a Ibagué, incluso, lograron ascender y capturar el cerro Pan de Azúcar, sitio emblemático de la ciudad, ubicado encima de la cárcel-panóptico en uno de los costados del centro de Ibagué. Desde aquel cerro se podía atacar con más efectividad la ciudad. Mientras tanto, los conservadores respondían a la incursión desde el punto más alto en el interior de la ciudad, la torre de la catedral. Cualquier aproximación liberal desde ahí era repelida y los tiradores allí puestos evitaron una mayor avanzada.

En lo más álgido del combate, los liberales llegaron a estar muy cerca de los edificios oficiales, varios conservadores ya planeaban la huida; escaparían por el camino que comunica a Ibagué con el Quindío; pero la desmesura en la bebida causó en los liberales excesos inmensos que fueron fatales para aquel bando. De lo ebrio que estaba el general Varón ya no podía medir sus fuerzas, y en vez de montar, colgaba de su potro como péndulo sin equilibrio. Aquel hombre

le llama así porque se conserva en ollas de barro tapadas que tienen su rabo enterrado en tierra.

envalentonado al igual que todo su ejército comenzó a extraviarse en los límites del arrojo y la desmesura.

De la temeridad se pasó al desorden y los liberales comenzaron a ceder. La línea de ataque que estaba más próxima a tomarse la ciudad era la del general Varón. En la esquina de la 14 con 5.^a, a una cuadra de donde hoy se encuentra su monumento, el general esperaba lanzarse para batir la trinchera más fortalecida. Con un puñado de hombres y sordo a los ruegos de su hermano Mardoqueo, que le dice: “no salga porque lo matan”, Tulio se arroja a la calle para responder al fuego que desde la trinchera le dirigen; en esas, no advierte el general que en uno de los ventanales de las casas vecinas hay un tirador que le apunta y logra acertar un disparo en el cuerpo del liberal, y destruye su arteria pulmonar, en palabras de Jaramillo “el general ahogado en su propia sangre, sale a buscar la defensa de la otra esquina” (Jaramillo, 1986: 89).

Cuando los liberales ven a su comandante herido, el pánico los envuelve y sucede la desbandada. Al general no logran rescatarlo y se queda agónico en plena calle mientras aquellos que lo ven caer riegan por todo el campo la noticia de su muerte y la huida se torna en desespero. Algunos de los que se dedican a catear heridos para rematarlos y quitarles sus pertenencias se encuentran con el general, este, en palabras de Jaramillo, “alza su dedo índice y suplica que no lo maten” (Jaramillo, 1986: 90), pero un machetazo a la altura de su cabeza lo degüella y empieza la profanación del cadáver.

Los conservadores que mantenían fresco en su cabeza el terror causado en el ataque a La Rusia cometen todo tipo de vejámenes con el cuerpo; lo trepan en astas de guadua cual lechón que va a ser asado, destazan su cuerpo, lo capan, y lo pasean triunfantes por el lugar que hoy se conoce como la plaza de Bolívar. Al final, cuando un torrencial aguacero borra las huellas de la lucha, el cadáver del general es dejado al frente de la casa de su viuda y sus hijas, a las que los festejantes conservadores gritaban en coro “rojas hijueputas, ahí tienen a su general” (Jaramillo, 1986: 92).

LA PEREGRINACIÓN POR LOS LUGARES COMUNES, DISTINTOS EN TODO CASO

Dice el coro de una canción de Miguel y Miguel “las distancias apartan las ciudades, las ciudades destruyen las costumbres”. La Ibagué

sangrienta del general Varón dista de la Ibagué de mis pasos, pero su centro aguarda ciertas formas y espacios que a la manera del recuerdo evocan un aire de continuidad y ausencia. Las veces que he pasado por la plaza de Bolívar de Ibagué, y hoy todavía, me detienen el camino unas ceibas gigantes que obligan a alzar el cuello y ver sus ramas suspendidas, más altas que cualquier edificio, sobre unos troncos enormes que ni el abrazo de un gigante podrían rodear. Son los árboles más grandes que he visto y eso me basta para saber que ellos han sentido más cosas que yo.

Curiosamente, esos mismos árboles se ven muy pequeños desde el cerro Pan de Azúcar, donde los edificios también se ven pequeños; los carros, en miniatura; y la gente, insignificante. Lo que allí se impone es la vista del inmenso Plan y una monumental Virgen que se alza sobre el cerro, con su sombra ella va cubriendo como inmensa nube las casas que bordean aquel montecillo. Lo que más cerca se ve desde esa altura es el panóptico de Ibagué, llamado anteriormente Cárcel Distrital y ahora Museo de la Paz (en construcción), lugar famoso porque allí Quintín Lame elaboró sus escritos de lucha indígena y por ser esta la última cárcel que conoció Tirofijo antes de partir hacia Gaitania y el Davis¹⁰.

Una de las visitas más plácidas que hice a Pan de Azúcar fue acompañado de alguien que quise mucho. Arriba jugamos a trepar en la inmensa Virgen, luego escribimos nuestros nombres en la cima del cerro y cuando el sol se escondía nos detuvimos a ver los lugares que reconocíamos. La catedral no nos gustó, es una flaca bodega, muy blanca, muy simple, algo insulsa, su torre es achaparrada y no nos intimida esa cúpula roja que apunta hacia el cielo. Más hacia el Norte está la iglesia del Carmen, donde se halla enterrado el general Varón, esa nos encantó, en especial sus paredes color carmesí y la forma de inmensas gotas que tienen sus campanarios. Con los ojos caminamos por la carrera 3.^a hasta llegar a la plaza de Bolívar para nuevamente hipnotizarme con las ceibas, aunque se vieran pequeñas.

Esa vez el cerro y su vista no fueron para mí la misma altura y panorama que encontraron los hombres de Tulio en el dramático ataque a Ibagué; pues mientras que ellos mantenían una retaguardia, yo

10 Veredas del sur del Tolima, pertenecientes al municipio de Planadas, en donde fueron organizados los primeros campamentos y escuelas militares que conformarían las FARC (véase Marulanda, 1973).

jugaba a hacer camino con mis ojos, y mientras que ellos murieron en el tétrico ataque, yo armaba los primeros recuerdos de la vida. Mis pasos, si bien atravesaron la misma senda de la Columna Liberal, jamás se desplazaron por el mismo rumbo. Pero otros pasos sí lo hicieron haciéndole fuego a la historia y presencia al recuerdo que retorna: en el año 2001, desde el cerro Pan de Azúcar y otras lomas cercanas, el Tulio Varón atacó las instalaciones de la Sexta Brigada del Ejército con cilindros bomba lanzados desde aquellas alturas, durante toda una noche se presentó cruento combate entre militares y guerrilla que se desbordó por los barrios aledaños a la brigada.

El Frente en los últimos tiempos ha sido menguado, bien lo anuncian los militares en cada golpe efectivo que le propinan al Tulio. Tanta maña aprendida en la magra experiencia de la guerra ha hecho que el Frente Tulio Varón no cometa los garrafales excesos del general y su Columna. Cuentan que el Tulio Varón, constantemente perseguido ha optado por resguardarse en la cordillera, sobre las zonas altas en “la patica del nevado”, pues dicen que arriba los ven patrullar. Cuando planean asestar un golpe la gente los ve bajar de forma ligera aunque silenciosa, ya abajo arremeten con fuerza, golpeando (a veces con el ímpetu de la muerte) aquello que arriba concibieron arrasar. Luego del ataque, siguiendo el ejemplo del general Varón en La Rusia, los guerrilleros de uno en uno se van difuminando hasta desaparecer, entonces dejan en el aire el espanto y la seña de horror.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bergquist, C. (1999 [1981]). *Café y conflicto en Colombia 1886-1910: la Guerra de los Mil Días; sus antecedentes y consecuencias*. Traducción de Moisés Melo. Bogotá: Banco de la República & El Áncora Editores.
- Cuartas, Á. (2002). *Tulio Varón el guerrero heroico (biografía)*. Bogotá: Graphics.
- Jaramillo C., E. (1986). *El guerrillero de El Paraíso: General Tulio Varón Perilla 1860-1901*. Bogotá: Ediciones Contraloría General del Tolima.
- Marulanda V., M. (1973). *Cuadernos de campaña*. Bogotá: Abejón Mono.
- París L., G. (1981 [1937]). *Los guerrilleros del Tolima*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Rocha, C. (1968 [1959]). *Prehistoria y folclor del Tolima*. Ibagué: Publicaciones de la Dirección de Educación del departamento.